

Variaciones del goce en la época del No-Todo

ERNESTO SINATRA

Las tribus urbanas: micro-totalidades de goce

Siempre se puede explicar que la estructura del no-todo es abstracta y que, de hecho, en la realidad las cosas no funcionan así. Y es que esta máquina implica la constitución insistente de micro-totalidades que, al ofrecer nichos, abrigos, cierto grado de sistematicidad, estabilidad, codificación, permiten restituir cierto dominio. Sin embargo, esto es a costa de una especialización extrema de los sujetos allí atrapados, que traduce la presencia de dicha máquina. Así para restituir un dominio, es preciso elegir un campo muy restringido de significantes, un campo muy restringido de saber. (Miller)

Las micro-totalidades encuentran en las *tribus urbanas* una modalidad paradigmática de su manifestación. Ellas, desde la coalescencia saber + goce, anudan a sus integrantes en torno de

un rasgo diferencial; se nombra un goce, se lo aísla, se lo asocia con un saber bien delimitado, se inventa una clase a partir de destacar esa coalescencia goce/saber ¡y ya está!, se ha constituido una micro-totalidad: *Skaters; Grunges; Góticos; Heavies; Hard Cores; Skin Heads; Emos; Raperos, Floggers...* la lista no cierra, mostrando su inconsistencia estructural. El elemento aglutinante de las tribus parece ser -lo que llamaré- un *goce éxtimo*: exclusión del universo social con inclusión solidaria en la banda; marginación de las leyes del Otro con inserción fuertemente normativa en su micro-totalidad. Las sustancias tóxicas suelen ser coadyuvantes del lazo asociativo, y en ocasiones advienen rasgos determinantes del accionar compartido, como sucede en una modalidad de ciertas tribus urbanas: el *rito del botellón*.

Ritos toxicómanos

Cuando Jacques Lacan caracterizó al capitalismo como el falso discurso que nombraba a la época, lo hizo a partir de su hipótesis de que la plusvalía oculta -y muestra- el plus de gozar. Luego de afirmar que *todo individuo es un proletario* concluyó en que el individuo es el verdadero síntoma social. El individuo, entonces es el consumidor por excelencia¹, pero un consumidor especial -podríamos decir, situando una torsión esencial- ya que él mismo es el objeto real del consumo: del mismo modo que el mundo es *omnivoyeur*, pudimos sostener la hipótesis de que *todos los individuos son objetos de consumo* (Sinatra, 2010: 34- 52); me referiré ahora al rito del botellón, para demostrarla.

Si no fuera por la existencia de las tribus urbanas, hablar de *ritos toxicómanos* sería un oxímoron, una risueña paradoja, ya

¹ De aquí se desprende otra tesis de JAM: ¡Todos consumidores!

que de existir la organización social del toxicómano, ésta sería solo realizada por -y en nombre de- las instituciones asistenciales que a ellos se consagran, ya que todos los que se han dedicado a tales tareas saben muy bien que por más granjas o comunidades que se les ofrezcan, los toxicómanos no *se socializan* fácilmente. Además, no hay que olvidar que el adicto responde perfectamente a la dimensión autista del síntoma, él es el representante mayor de una práctica que intenta el cortocircuito de goce infiltrado en el cuerpo.

Pero sabemos, asimismo, hasta qué punto esta época no es proclive a los ritos como antaño, y que ello es consecuencia de la defección del nombre del padre: los síntomas tradicionales, leídos desde el siglo freudiano y descifrados siguiendo las trazas nítidas del inconsciente, ya no sostienen el malestar actual de la subjetividad; ellos han estallado, y hay en su lugar nuevos síntomas. Es una consecuencia mayor del pasaje -que referíamos anteriormente- del *¡No gozarás!* al *¡Debes gozar!* Tales síntomas se ensamblan hoy en el cuerpo del *parlêtre* (pero no menos en el cuerpo social) mostrando que es -que sigue siendo- lo imposible lo que determina las más variadas formas de goce. Por ello, si bien en el siglo freudiano eran las amnesias histéricas y los rituales obsesivos síntomas clásicos que mostraban la predominancia de la defensa, hoy los síntomas revelan más decididamente formas de goce. Las antiguas formaciones transaccionales entre *la moción pulsional* y *la defensa*, dividen así sus aguas entre los dos siglos.

Asumamos por un momento la paradoja y demos lugar al *rito del botellón*, que comenzó hace ya varios años en los espacios más exclusivos de Madrid y rápidamente ha llegado a nuestro continente. Se trata de una práctica colectiva realizada por jóvenes, circunscripta a ciertos territorios confinados por calles angostas -denominados zonas del botellón-, práctica que aterroriza a los

vecinos y que se propala muy rápidamente. A una jarra de vino -del más barato (formato tetrabrik, generalmente)- se le agregan variadas bebidas alcohólicas, las que se hayan obtenido para la ocasión, sin ningún tipo de segregación étnica. El rasgo determinante para nosotros, es que esta libación nunca se hace en forma solitaria: requiere que la *comunidad* tribal se reúna para perpetrar el consumo ritual.

Les propongo considerar sus pasos, a la luz de la enseñanza freudiana de la comida totémica, elaborada en Tótem y Tabú siguiendo las hipótesis de Robertson Smith.

Primero, la reunión de los integrantes, condición necesaria para desplegar la fiesta: que estén todos allí; luego viene el armado del botellón: se prepara el consumo reglado (disposición en la jarra de los ingredientes de la pócima -a la que habitualmente se le suele adicionar diversas drogas, aunque no necesariamente-); después, la ingesta; más tarde, se sabe, se suceden los intercambios entre los integrantes (ya no tan regulados); hasta que, finalmente, emerge el resto del rito ya avanzada la madrugada: los desmayados, y -especialmente- los desechos orgánicos esparcidos por doquier. Al parecer, los desmanes fueron en su comienzo de tal proporción, que se ha debido aplicar -lo que denominaron- una *legislación anti-botellón*.

Analicemos ahora el asunto un poco más de cerca: comprobamos que no se trata del goce autista al que nos tiene acostumbrado el toxicómano, ya que no estamos en presencia de una *fiestita* privada -aunque semi-pública- de algunos jóvenes frente a una ocasión determinada; por ello, podemos decir que, efectivamente, hay una organización social (aunque esporádica, transitoria y/o paroxística) que se arma a partir de un encuentro reglado de una tribu urbana en torno del uso común de una sustancia tóxica. Como apreciarán, digo *sustancia tóxica* y no *alcohol*, aplicando

nuestra conceptualización de la *función del tóxico* (2010: 70), en este caso, a un particular conglomerado social. Por eso, y más allá de que se trata específicamente del empleo de alcohol, hablaremos de una acción toxicómana realizada por una tribu urbana, a la que denominaremos la tribu del botellón.

Además, deberemos aceptar que se trata de un rito, ya que la repetición de la acción toxicómana es condición necesaria de su efectuación -y se produce siempre en presencia de la comunidad, nunca como acción aislada.

Hasta aquí, lo poco que sabemos de este rito toxicómano. Pero, con lo que hay, daremos un paso más, el que nos servirá para revisar nuestra epistemología de la clasificación.

Para empezar, también podríamos clasificar a este accionar como el retorno *hiper-moderno del alcoholismo*, luego de haber desahuciado a los alcohólicos puros, considerándolos como *demo-dées*, es decir, como nostálgicos vindicantes en el nombre del padre (generalmente por amores contrariados). Ahora comprobamos que los alcohólicos se reciclan en tribus urbanas, enlazadas a partir de un rudimento de organización social.

Pero también podemos considerar a esta acción tribal como una *máquina de guerra*², caracterizando la acción toxicómana desplegada como un dispositivo ritual que se instala en el centro del principio del placer del mercado del consumo, para *devolverle* el resto que no puede ser simbolizado por el capitalismo tardío: cuerpos caídos y desechos orgánicos recuerdan que no todo es placer en el placer. Acordaremos con este planteo (es decir, con esta clasificación) a condición de aclarar que esa *máquina de guerra* es un acumulador de goce.

También puede ser extraída otra consecuencia ya que -a diferencia de las sociedades antiguas tribales en las que el padre-tótem

² El término *máquina de guerra* lo tomo de Gilles Deleuze.

organizaba la ingesta ritual, permitiendo transgresiones regladas (hasta manducarlo en su nombre, precisamente)- en este ritual hiper-moderno, en el lugar del padre hay un vacío, y en él se esparce la huella del goce de una pisada hedionda, resto tan inclasificable como el del goce toxicómano, huella vaciada de la obediencia retroactiva al padre muerto freudiano.

Pero, entonces, forzando nuestra clasificación: un rito sin padre del nombre que lo sostenga, ¿es un rito? O más precisamente: ¿no se trata en esta producción original de tribus urbanas de una nueva forma de evidenciar que es el No-Todo, su estructura abierta e inconsistente, el que rige la organización social en los procesos de feminización del mundo, a partir de la existencia de micro-totalidades reunidas para gozar?

De todos modos, es preciso recordar que es el goce que desborda cualquier clasificación, y que él nunca podrá ser reabsorbido por el significante.

De la generación Z a los asexuales

Los integrantes de la *generación Z* hoy tienen 13 años; primeros vástagos del siglo XXI nacidos ya en el ámbito de la tecnología-web, ellos responden a los patrones identificatorios orientados por el estilo de comunicación de los sitios de Internet y de la telefonía celular. Restan por precisar las consecuencias que se desprendan de la renovación/sustitución de la radiofonía y de la televisión respecto de las generaciones anteriores (denominadas X e Y).

Se comprueba fácilmente hasta qué punto las tecno-ciencias han planetarizado al mundo. Vistiendo con imágenes y sonorizando la *soledad globalizada* de sus individuos, han instrumentando la mirada y la voz -los dos objetos *a* acuñados por Jacques Lacan

como formas de goce y causa de deseo- rellenando con ellos el vacío que hasta ayer cubría el Dios-Uno. El producto de tal operación, los *gadgets* -dispositivos tecnológicos comercializados a escala global- se introducen en el punto exacto de la falla estructural del sexo para ofrecer renovados modos de gozar, cada vez más cerca del autoerotismo, pero también de nuevas formas de lazos: las *micro-totalidades*, que responden al estallido del universal, agrupando sus integrantes en *burbujas de saber* entramadas por identificaciones a un rasgo. Son los ultra-especialistas en *algo* que produce la época del No-Todo. El ejemplo que daba Miller era el de los Otaku, personalidades monomaniacas autoconfinadas en un micro-hábitat, refugiándose en una zona específica del saber que exploran con la tecnología más avanzada pretendiendo totalizarla.

Desde la perspectiva de la implosión del género, agregaremos a los *metro-sexuales*: hombres heterosexuales que cuidan su imagen, embellecen su figura y producen sus cuerpos siguiendo métodos que sólo las mujeres utilizaban hasta ayer nomás, inscribiendo una página más en los fenómenos de la *feminización del mundo* para participar en la guerra de los sexos.

Ya que, como anticipamos, una consecuencia mayor de la época del No-Todo la constituye la implosión del género, que empuja a la proliferación de nuevas categorías sexuales. Por ejemplo, los distintos sub-conjuntos dentro de la teoría *Queer* -que suelen agruparse en torno de las *sexualidades periféricas*- se distribuyen en una dispersión fenomenal. Si bien se encuentran en torno de la hipótesis que la orientación sexual y la identidad sexual es resultado de una construcción social, existen muchas diferencias entre sus teóricos a partir de -lo que definimos como- sus diferentes modos de gozar. Así se encuentran micro-totalidades del goce donde cada cual reivindica su derecho y su particularidad. Desde esta perspectiva la teoría *Queer* es un producto más de la feminización del mundo, consignando que

feminización no quiere decir *atributos femeninos* sino No-Todo, indica que el fundamento del Todo -la excepción- ya no cumple su función y que por ello el conjunto universal masculino-femenino ha estallado en la pluralización del género.

Al respecto existe hoy una nueva forma que introduce una paradoja en la nominación: los *asexuales*. Se trata de aquellos individuos que se auto-convocan en una micro-totalidad clasificatoria que rechazan la primacía del goce sexual. Ellos reclaman su derecho a ser considerados la cuarta orientación -luego de los heterosexuales, los homosexuales y los bisexuales- a partir de no aceptar que sea la condición sexual la que organice sus vidas (La Nación, 2012).

Se verifica hasta qué punto la época del No-Todo es coherente con un nuevo malestar determinado por el empuje de la no-relación sexual: la no-naturalidad de la sexuación se hace evidente no sólo con la ley del matrimonio igualitario y la ley de la identidad de género, sino además a partir del estallido del género producido por las demandas subjetivas de reconocimiento del derecho al goce. Ya que las micro-totalidades no sólo se agrupan en torno del saber sino asimismo lo hacen respecto del goce. Y esto es lo esencial.

Miller en su Curso del 2009 -*Sutilezas Analíticas*- sostiene que la teoría de la libido freudiana cree en la relación sexual, mientras que la teoría de las pulsiones de Lacan parte de la inexistencia de la relación sexual. ¿Cuál es la diferencia? Es que si se parte de que no hay relación sexual no hay un goce que una vez hubo y que está perdido, sino que todos los goces son equivalentes. Pero que tampoco habría un goce que convendría ¿Y entonces que hay? Un goce, un goce, un goce... la singularidad de una forma de vida; es decir, de lo múltiple de las formas de goce, de lo que el goce sexual es uno entre otros.

La estructura RSI de la feminización del mundo

Siguiendo estos desarrollos se trata -para nosotros- de destacar la estructura de des-totalización por la que se produce el modo particular de agrupamiento. Es con eso con lo que denominamos lo femenino y no -al menos no principalmente- por los usos de los hombres que parodian a los de las mujeres (como en el caso de los metro-sexuales) por ejemplo. Sólo de este modo des-imaginizamos los fenómenos y nos separamos de la sociología al situar el modo en el que se presentan las estructuras inconsistentes que caracterizan al No-Todo.

Cómo se *viste* lo masculino y lo femenino según la época, eso siempre varía como producto del tipo de identificaciones. Es esa variación la que permanece como tal; lo que sucede es que ya no existe la potencia del al-menos-uno que introducía el Uno totalizante (a partir de la excepción, paterna) y extraído ese Uno queda la feminización como efecto de discurso: el conjunto está abierto y por eso las especializaciones intentan reconstruir el Uno de a una: una y una y una y una...

El lado No-Todo indica una relación particular con el vacío, ya que desde ese lado resuena la ausencia de relación sexual. Pasemos a la estructura que la sostiene para desplegar los fenómenos que de allí se desprenden en su articulación: la lógica de la sexuación es la que nos permite leer estos fenómenos como feminización, por corresponder ellos a un efecto de discurso (feminización no se reduce a semblantes femeninos).

Decíamos que, contrariamente a la pluralización de géneros, se trata para nosotros de solo dos posiciones sexuadas: el universal masculino y el No-Todo femenino. El lado izquierdo, lado macho y el derecho, femenino. Lacan comprobó que extraer conclusiones a partir de la fenomenología del género, sobre las anécdotas que

pueblan los divanes analíticos o el debatir acerca de cómo son hombres y mujeres ‘de verdad’ es inconducente; pero -podríamos agregar- tan inútil como necesario para que hombres y mujeres construyan un *storytelling* sobre sus vidas que los organiza: es lo que llamamos *fantasma*, una ficción particular, ya que el fantasma se halla determinado por una fijación de goce muy precisa y que obedece al mal encuentro con el sexo, a partir de la no-relación sexual entre los humanos. Por eso el neologismo *fixión* condensa la amalgama simbólica/imaginaria de la ficción y lo real pulsional que fija el goce al cuerpo, con lo que se construye el concepto de fantasma³.

Concluimos en este punto en que no sólo leemos la *feminización del mundo* como la inmixción de atributos considerados femeninos al campo político-cultural, sino que -y especialmente- consideramos la feminización como procesos abiertos en los que se multiplican los espacios (redes virtuales multiplicadas según el nuevo orden narrativo del No-Todo), se diversifican la duración de los tiempos de los encuentros (conexiones, en lugar de relaciones que se producen en Internet).

Precisemos ahora nuestra hipótesis proponiendo que la *feminización del mundo* puede leerse desde los tres registros del nudo:

Fenómenos: promoción de atributos imaginarios.

Caracterización de lo femenino a partir de los fenómenos de intimidad y sensibilidad -más sus desinencias: capacidad de escucha, de comprensión, presencia de emociones, etc. Se privilegia en ellos la riqueza corporal de la sensibilidad a la rigidez del entendimiento.

Nominación: inscripción histórico-social de lo femenino.

Acentúa el lugar obtenido por las mujeres en la historia desde el siglo XIX a partir de la inscripción simbólica de los derechos

³ Según lo desarrollado previamente la *rectificación registral del sexo no es equivalente a la elección inconsciente del sexo*.

de la mujer: *feminismo de la igualdad de derechos* (denominado también de la *primera Ola*); cuestionamiento de los usos androcéntricos del lenguaje (correlativa promoción de la equivalencia del apellido materno con el paterno, etc.)...

Escrituras singulares de inconsistencia:

Efecto mayor de la no-inscripción de lo femenino -como el Uno de lo universal- en lo inconsciente: el No-Todo de la estructura (que determina los fenómenos) produce conjuntos abiertos, inconsistentes, en red; desprendimiento de goce femenino: singularidad real de la posición femenina afectando a Un cuerpo (infinetización, ausencia de excepción, excepcionalidad).

La globalización y sus goces

Un rasgo de la híper modernidad arroja una -al menos aparente- paradoja que precisamos considerar. Partimos de que la caída del padre -y su coeficiente, la declinación de lo viril- hizo que dejara de actuar el *decir que no*, función eminente consagrada al padre. Con las fórmulas de la sexuación Miller leyó la lógica estructurante de los fenómenos registrados en la época: precisaba que la extracción de la excepción ha sido la causa real del derrumbe del régimen del Todo y el consiguiente pasaje al No-Todo. Este acontecimiento lo llevó a sostener la equivalencia del nuevo orden híper-moderno con el goce femenino.

Pero lo que comprobamos es que la estructura del No-Todo aparece más que nunca -diríamos: de un modo híper-moderno- condensando el goce fálico, articulado ahora con la proliferación de micro-totalidades que intentan remedar la caída del Todo que el Dios-Padre había asegurado por siglos.

La dispersión del género en clasificaciones parece atestiguar esta paradoja: allí donde se esperaba que al No-Todo respondiera el

goce femenino, han comenzado a producirse formaciones bizarras en las que el goce hace *sinthome*.

El goce fálico puede dejar de articularse con el goce sexual -apareamiento de los cuerpos en la cópula- hasta gozar de la inexistencia de las relaciones sexuales (v.gr. proclama de los *asexuales*), pero no por ella deja aquél de existir. Lo que no es seguro es que sea el goce femenino el que tome su lugar (el del goce sexual que muestra su contingencia, es decir su carácter no-necesario)⁴.

Tal vez entonces debamos extraer ahora las conclusiones que del No-Todo parece acumularse más goce fálico, en lugar de la producción de goce femenino (tal como prometían las fórmulas de la sexuación) y ello por más que hablemos de *feminización del mundo*...

No todo es goce femenino

Por lo antedicho ¿se desprende *necesariamente sólo* el goce femenino de la estructura del No-Todo? Es notorio que existe una variedad de goces contemporáneos que condensan las micro-totalidades (algunas ya referidas) que no parecen prescindir del falo, y a los que no consideraríamos *-strictu sensi-* goce femenino, a pesar de que es evidente que su *locus nascendi* es el No-Todo (Miller, inédito).

La paradoja se intensifica al considerar que es el rechazo de la femineidad lo que afecta al *parlêtre* (hombres y mujeres) de un modo estructural bajo la forma del fantasma fálico (Miller, inédito).

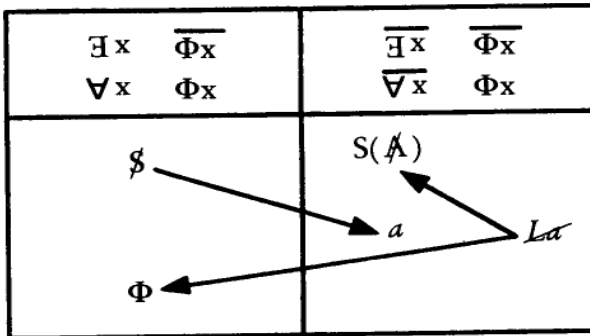
La hipótesis de una densificación de goce fálico no regulado por

⁴ A menos que, siguiendo las últimas teorizaciones de Jacques-Alain Miller (en su Curso de la Orientación Lacaniana del año 2011 "El Ser y el Uno"), se generalice el goce femenino.

el Nombre del Padre (lo que sería la causa de las presentaciones bizarras de algunas satisfacciones actuales) debería ser considerada, lo que nos llevaría a concluir que del No-Todo no se desprende *necesariamente sólo* goce femenino.

Partimos de la radical oposición del goce femenino y el goce fálico ya que “sólo el goce femenino se exceptúa del cierre autista del goce” (2013: 211); y la paradoja se intensifica al considerar que es el rechazo de la femineidad lo que afecta al *parlêtre* (hombres y mujeres) de un modo estructural bajo la forma del fantasma fálico (Miller, inédito).

Para considerar esta cuestión haremos un desvío por las fórmulas de la sexuación.



Comprobemos qué se escribe del lado femenino: matemas inconsistentes marcados por una barra o por un vacío: $\{ L\overline{A}; a; S(\overline{A}) \}$. Esta dificultad ya la había advertido Sigmund Freud al referirse al deseo femenino en términos de enigma, hecho consonante con su constatación clínica de la inexistencia de un significante en lo inconsciente para representar a lo femenino. Ahora pongamos

atención en la división de las flechas que configura la posición de duplicidad de una mujer respecto del goce: $LA \{ S(A) / \Phi \}$. De LA parten dos flechas: una permanece en el lado femenino, la otra pasa al lado masculino. ¿Pero qué significa esta división de la mujer? Por un lado cifra su relación estructural con el agujero mismo del sexo, con la falta de identidad sexuada, señalando su proximidad al vacío, es decir, su parentesco con la estructura misma del sexo en los seres-hablantes. Por el otro lado indica su relación con el falo, con lo universal que caracteriza a lo masculino.

Una mujer tiene una relación más directa con el vacío -no con la falta, que sitúa siempre el aspecto imaginario- sino con la falla estructural del sexo. Por eso Lacan y Freud esperaban que las mujeres fueran mejores analistas, por esta sensibilidad, por esta relación directa con el vacío que las caracteriza.

Además, la división de una mujer entre el significante de la falta en el Otro y el falo

$LA \{ S(A) / \Phi \}$ evidencia por la vía del escrito algo que se destaca en la experiencia analítica: en la relación con su goce cada mujer es Otra para sí misma. Para una mujer se trata de cómo saber hacer con su relación al agujero estructural del sexo, cómo extraer de allí Otro goce, diferente, suplementario del goce fálico -goce al que también tiene ella acceso al cruzar la línea y pasar del lado macho.

Esta participación del falo le proporciona a una mujer la consistencia (que proviene del límite del conjunto universal), tanto como la posibilidad del cierre del cuerpo femenino, que su organismo cuente como Uno, como *su* cuerpo (que *tenga* un cuerpo y no fragmentos).

He ahí situado un problema mayor de la femineidad: el goce femenino. Por ello, el denominado “enigma femenino”⁵ -bromea-

⁵ Un analizante aseguró al final de una sesión -y luego de extraer sus conclusiones acerca de sus habituales desencuentros con el Otro sexo- que finalmente él había respondido el enigma de ¿Qué quiere una mujer? : “¡¡¡Más!!!”. Inobjetable.

ba Jacques Lacan- si lo hubiera sería principalmente un enigma para las mismas mujeres. Y es eso lo que la histeria evidencia con exactitud cuando hace existir a la Otra mujer -aunque no logre a menudo atraparla en las escenas de la realidad-, ésta que funciona como ideal inalcanzable (acumulador de envidia) y/o como rival intolerable (acumulador de celos): es su misma división lo que se presenta entre ella misma como una y ella misma como Otra. Notemos al pasar que, lo que psicológicamente se caracterizaría como el pasaje de lo intra-subjetivo a lo intersubjetivo, no es sino la extimidad misma de la posición femenina.

Hemos comprobado de este modo la disolución de nuestra paradoja: las pluralizaciones del goce contemporáneo se distribuyen -mezclándose, yuxtaponiéndose, oponiéndose, pero también aproximándose- según la doble vectorización que indica la posición del *parlêtre* que obedece al discurso No-Todo de la civilización en su doble vectorización: goce femenino / goce fálico. Hemos intentado demostrar que la feminización del mundo obedece a esta vectorización.

Bibliografía

- (2013). *L@s nuev@s adict@s -la implosión del género en la feminización del mundo*. Buenos Aires: Tres Haches Editores.
- La Nación (2012, 13 de octubre). *Nota de Sebastián A. Ríos, quien ubica cuatro “orientaciones “románticas” dentro de la asexualidad*.
- Miller, J. A. *El inconsciente es político* (pp. 16).
- (inédito). “El Ser y el Uno”. En *Curso de la Orientación Lacaniana 2011, cuarta clase: “el fantasma instituyente del sujeto es fálico”*.

- Miller, J.A. (2013). *La fuga del sentido -Los cursos psicoanalíticos de J.A.Miller* (pp. 211). Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Sinatra, E. (2010). *¿Todo sobre las drogas?* (pp. 34- 55, 70). Buenos Aires: Grama Ediciones.